

El Árbol de las Mil Estrellas

A qué era el único lugar del mundo en que el cielo se tornaba rosa al atardecer. No se trataba del anaranjado que en la última hora de la tarde cubre el cielo, o del rojizo con que el sol desaparece en el horizonte del mar. Se trataba de un color rosado, tan claro que parecía que el cielo se acolchara, que se fundiera con la magia del bosque cuando el día terminaba. Era algo precioso. Y sólo ocurría en esa porción de bosque, justo sobre aquel árbol de hojas negras y flores blancas. *El árbol de las mil estrellas*, lo llamaban, o así le gustaba llamarlo a ella, la dama del árbol.

En aquel momento, ella se encontraba tumbada entre sus raíces, llorando, cubierta con una tremenda hoja negra. Una de las tantas que habían caído del árbol. Justo entonces apareció Teether, un gnomo amigo suyo. Éste venía cabalgando en un gato grisáceo, de angora, de largo pelo reluciente, y parecían apresurados.

- ¿Por qué lloras, pequeña?- Le preguntó el gnomo.- ¿Estás bien?

Ella, entre sollozos, no pudo más que balbucear, hasta que por fin soltó sus primeras palabras.- Porque a mi árbol se le caen las hojas...- Contestó, y entonces se sonó los mocos con la hoja negra que usaba por manta.

- ¿Y eso, por qué?- Añadió Teether.- No te habrás portado mal otra vez...- A lo que ella negó con la cabeza, mirando al suelo avergonzada.- Dime,- Continuó el gnomo.- ¿Qué has hecho ahora?

- ¡No hice nada!- Respondió ella, tan bonita, lloriqueando.

Y es que resultaba que *el árbol de las mil estrellas* y ella, tenían un vínculo especial: uno formaba parte del otro, como un mismo ser. Y si ella, que era muy traviesa, se portaba mal, el árbol iba perdiendo sus hojas negras, que caían cual otoño imprevisto y exagerado. Pero si ella se portaba bien, en sus ramas crecían miles de hojas negras y flores blancas. A menudo ella no podía resistirlo, y acudía a las charcas a molestar a los sapos, o marchaba a los prados espiar a las libélulas, o asustaba a las abejas, zumbando entre flor y flor, de tal manera que perdían el polen por el camino, y disminuía la producción de miel... Entonces, cuando ella volvía al *árbol de las mil estrellas*, había perdido gran cantidad de hojas, y ella se sentía triste por haberse portado mal. Pero esta vez no había hecho nada malo, y aun así las hojas caían al suelo, marchitas como si ella hubiera sido la más mala del lugar. Y por ello estaba triste, completamente desconsolada.

- No hice nada malo. Nada.- Terminó con su voz de niña pequeña, negando con la cabeza, y con cara de enfurruñada.

- Pues tendremos que averiguar por qué tu árbol está perdiendo las hojas negras, ¿no?- El gnomo quedó pensando, y miró a su alrededor. Bajo los pies del gato, el suelo donde antes crecían los tréboles olorosos, ahora estaba cubierto de miles y miles de hojas negras y marchitas. Todo alrededor del árbol era una alfombra oscura que ya comenzaba a confundirse con el suelo. Y el árbol, poco a poco, iba quedando calvo, sin flores blancas, ni hojas para bailar con el viento. Aunque algo llamó la atención de Teether entre las ramas del *árbol de las mil estrellas*. De sus ramas colgaban cientos de trenzas de colores diversos, rojas, azules, amarillas, naranjas o verdes... Todas atadas mediante nudos diminutos a las ramitas más pequeñas de la copa del árbol.

- ¿Qué son esas trenzas tan bonitas con que adornas tu árbol?- Le preguntó.

- Las hice yo. ¿Te gustan?- Dijo ella aun desde debajo de la gran hoja negra.- Recogí algunas flores, estos días, y las fui trenzando con sus pétalos de colores. Pensé que así el árbol se sentiría feliz... Al principio pareció gustarle, pues le crecieron muchas hojas y nacieron muchas flores, hasta las abejas vinieron hasta aquí, sin temer que las espantara, para recoger su polen. Pero poco después se fue poniendo triste, y las hojas fueron cayendo, y las flores muriendo.

- Qué raro...- Dijo el gnomo.

- Sí, y lo más curioso, es que parece que estén desapareciendo las trenzas que hice. No encuentro algunas que coloqué allí,- Y señaló una rama.- o allí.- Y señaló otra.- Y allá até una que era preciosa, toda de color azul y rosa, como el cielo. Pero ya no están.- Terminó ella, a punto de echarse a llorar de nuevo.

- Definitivamente, esto es muy raro. A lo mejor tu árbol está perdiendo las hojas, precisamente porque tus trenzas de colores están desapareciendo, y no porque te hayas portado mal...

Ella asintió con la cabeza, se encogió de hombros, y se llevó las manos a los ojos, pues le picaban de tanto llorar. Pero cuando los abrió, vio que Teether sonreía, y su gato miraba hacia arriba intrigado, con esa mirada felina que ponen ellos cuando juegan a atrapar las pequeñas cosas. Entonces el gnomo, por miedo a que éste saltara y él cayera al suelo, lo agarró fuerte del cuello, y le obligó a tumbarse.- Pequeña, creo que ya sé por qué están desapareciendo tus bonitas trenzas.

- ¡¿Por qué?!

Entonces Teether señaló hacia arriba, justo donde un minúsculo anzuelo caía desde la infinita noche, que ya hacía unos minutos que se había llevado el atardecer rosado. Era un anzuelo plateado, que brilló un instante al girar, colgado de un sedal muy fino, casi invisible, que subía y subía hasta perderse en el cielo nocturno. Los dos quedaron muy callados, mientras Teether tranquilizaba al gato, que miraba al anzuelo con curiosidad y deseo

contenido. Entonces, el anzuelo bajó hasta donde colgaba una trenza de tonos rojos y violáceos, arrancándola con soltura, y de inmediato, como si alguien tirara del sedal apresurado, la trenza comenzó a ascender en la noche.

Ellos dos se miraron, y ella, sin dudarlo, saltó a volar persiguiendo su trenza. Sus alas negras se agitaron, y su vestido oscuro bailó con la velocidad. Su cuerpecito de hada se fue elevando, persiguiendo la trenza roja y violácea colgada del anzuelo, a toda prisa, pensando que la perdería en la noche. Miró hacia abajo un instante, y vio a su árbol, a Teether y a su gato alejarse, hacerse minúsculos a medida que ella ascendía y ascendía. El aire se fue enfriando, y el mundo fue quedando atrás. El bosque se convirtió en un manto que se alargó leguas a la redonda, y ella se dio cuenta de que jamás había volado hasta tan alto, pero no le importó, pues iba a descubrir por qué estaban desapareciendo sus trenzas de colores, y por qué su *árbol de las mil estrellas* estaba perdiendo sus hojas y sus flores. Persiguió al anzuelo lo más rápido que pudo, y cuando se dio cuenta, vio sobre sí misma a la luna, que aquella noche sonreía en su cuarto creciente, y cada vez se hacía más grande y más grande por la proximidad. Y así, sintiendo el frío en su piel blanca, con aquel vestido oscuro y corto, alcanzó la luna en el cielo nocturno.

Al llegar, entendió lo que estaba ocurriendo. Sentado al borde de la luna, como a caballo en la comisura de su sonrisa azulada, había un chico con una caña de pescar que giraba y giraba el carrete, recogiendo el anzuelo, y robándole sus trenzas de colores.

- ¡Ladrón!- Gritó ella muy fuerte, y comenzó a revolotear alrededor suyo y de la luna, lanzándole miradas de reproche.

- Hola pequeña hada.- Dijo el chico muy calmado.- ¿Vienes desde ahí abajo?

- ¡Me estás robando las trenzas que hice!

- ¿Son tuyas?

- ¡Claro! ¿Por qué me las quitas?

- Lo siento, no sabía que tenían una dueña tan guapa.- Y sonrió.- Pero no te las estoy robando, las estoy pescando.

- Pero son mías...

- Y son muy lindas, ¡me encantan!

- Pero,- Dijo el hada.- si me las quitas, mi árbol se pone triste, y pierde sus hojas negras y sus flores blancas.

- ¿Si? Oh... Yo no quería eso.

- ¿Quién eres?- Preguntó ella más calmada, aun revoloteando.

- Soy un pescador lunar. Me dedico a pescar estrellas y otros cuerpos celestes. Y estaba intentando atrapar una de las estrellas del *árbol de las mil estrellas*.

- No son estrellas, son flores blancas.- Sentenció, quedando suspendida frente al pescador lunar. Se cruzó de brazos y le miró de forma inquisitiva.- Y son mías. Bueno, no son mías, son del árbol. Y el árbol es mío. Así que sí, son mías.

- Lo siento, de veras, pequeña hada. De nuevo me excuso, y pido disculpas, no sabía que tuvieran dueña... La otra noche, tratando de pescar una de tus estrellas...

- Flores.- Le corrigió ella.

- Una de tus flores... Pesqué por error una de tus trenzas preciosas, ¡y me encantó!

- ¿Y por qué no me las pides? Yo, gustosa, te haría una para ti, o las que me pidas, y así no te las llevarías sin permiso, y mi árbol no perdería sus hojas negras y sus flores blancas...

- Muy bien, mi pequeña amiga. Mira, aquí, en este cesto, tengo todas tus trenzas. ¿Por qué no las coges, y las cuelgas de nuevo en tu árbol?- A lo que ella asintió.- Pero, ¿me harás algunas para mí? De verdad, que me encantan...

- Muy bien, pescador lunar, yo te haré alguna muy bonita, de los colores que me pidas, hay flores en los prados muy hermosas, con las que puedo trenzarte una pulsera, o cuantas desees.

- ¿Me estás proponiendo un trato?- Sonrió él guiñándole un ojo, a lo que ella volvió a asentir.

- Te traeré una cada luna llena, si tú no me vuelves a quitar ninguna de las que cuelgan de mi árbol.

- Así haremos, pequeña.

- Muy bien.- Dijo ella, y voló hasta el cesto, volcándolo y tirando las trenzas al vacío, que cayeron cual lluvia de colores en la noche oscura. Entonces, sin más, se lanzó hacia abajo, no sabía si más enfadada con el pescador lunar, que alegre por haberlas recuperado, y por haber hecho un nuevo amigo.- ¡Y no pesques mis flores blancas!- Terminó señalándole con el dedo enfundado en su guante rosa. Y se dejó caer hacia abajo, regresando a su árbol. Descendió a la misma velocidad que las trenzas, y pensó que aquel era un momento muy bello, en caída libre junto a los miles y miles de colores de sus trenzas...

Una vez abajo, se pasó toda la noche anudando sus trenzas de colores en las ramas, y ya con las primeras luces, se echó a dormir en una de las ramas altas.


Al despertar, lucía el medio día, y en su árbol habían brotado miles de hojas nuevas, como brotes negros, y capullos en tono claro, que al día siguiente ya serían flores blancas. Y así, la pequeña dama del *árbol de las mil estrellas*

volvió a ser feliz. Y sin dejar de sonreír, partió volando al prado, a recoger pétalos de muchos colores diferentes para trenzar una pulsera para su nuevo amigo, el pescador que vivía en la luna...

El Árbol de las Mil Estrellas

Darka
Marzo de 2010

El Árbol de las Mil Estrellas
Memorias Olvidadas

 Darka Treake, 2010

www.modt.net